

riesgo evidente de perder la suya propia: que si venia á morir por este motivo, como era de temerse, no se olvidase de mostrar su gratitud, protegiendo á los hijos que dejaba: finalmente, que no fuese por tierra á México, porque caería otra vez en manos de las tropas que estaban en el camino; sino que se encaminase por Iztapalcoan á Chimalhuacan, y de allí se embarcase para su ciudad.

Observó el criado la órden, y Moteuczoma el consejo de Cuateotzin. Salieron aquella noche los presos de su encierro, y se encaminaron cautamente á Chimalhuacan, donde estuvieron ocultos el siguiente día; y por no tener otra cosa que comer, se sustentaron con yerbas del campo. Embarcáronse por la noche, y con suma prontitud llegaron á México, donde los creian muertos y donde fueron recibidos con extraordinarias demostraciones de júbilo.

Cuando el bárbaro Teotzin tuvo noticia de la fuga de los prisioneros, enojóse sobremanera; y no dudando que Cuateotzin les hubiese dado libertad, mandó al punto quitarle la vida y descuartizarlo, juntamente con su mujer y sus hijos, de los cuales se salvaron un hijo y una hija. Esta se refugió en México, donde fué muy honrada, por respeto á la memoria de su padre, que habia sacrificado la vida por hacer tan importante servicio á la nacion Mexicana.

Despues de esta pesadumbre, tuvo Toteotzin otra no ménos amarga al recibir la respuesta del tirano Maxtlaton. Irritado éste contra los Chalqueses, por el socorro que habian prestado á Nezahualcoyotl y por los estragos que habian hecho en Coatlichan, envió á Toteotzin una severísima reprension, llamándolo hombre doble y traidor, y mandándole poner inmediatamente los prisioneros en libertad. ¡Premio digno de un pérfido adulador! No tomó esta resolucion Maxtlaton para favorecer á los Mexicanos, á quienes odiaba mortalmente, sino para manifestar el desprecio que hacia del obsequio de Toteotzin, y para oponerse á su voluntad. Tan léjos estaba de favorecer á la nacion Mexicana, que nunca se habia mostrado tan empeñado como entónces en destruirla, y ya habia alistado tropas para dar un golpe decisivo contra México, y pasar desde allí á reconquistar todo lo que le habia quitado Nezahualcoyotl. Este príncipe, noticioso de los designios de Maxtlaton, pasó á México á tratar con su prudente monarca del plan que debian adoptar en quella guerra y de las medidas más oportunas para desconcertar los designios del enemigo; y quedaron de acuerdo en unir las tropas Tezcocanas con las de México, para la defensa de esta ciudad, de cuya suerte parecia depender el éxito de la campaña.

Con el rumor de las próximas hostilidades se consternó de tal modo la plebe mexicana, por creerse incapaz de resistir á los Tepanecas, á quienes hasta aquel tiempo habian reconocido como superiores, que acudió en tropel á palacio, rogando con lágrimas y clamores al rey, que no emprendiese una lucha tan peligrosa, cuyo resultado seria la ruina de la ciudad y el exterminio de la nacion. “¿Qué quereis que haga, respondió el monarca, para libertaros de tanta calamidad?” “Que pidamos la paz al rey de Azcapozalco, clamó el pueblo, y le ofrezcamos nuestros servicios; y para moverlo á compasion, que se lleve á su presencia nuestro dios en hombros de los sacerdotes.” Fueron tales los gritos y las amenazas de los Mexicanos, que el prudente rey, temiendo una sedicion popular, más perniciosa que la guerra de los enemigos, se vió obligado á ceder á los deseos de sus súbditos. Hallábase presente á esta escena Moteuczoma, y no pudiendo sufrir que una nacion tan celosa de su honor, abrazase tan ignominioso partido, habló en estos términos á la muchedumbre: “¿Qué haceis,

Mexicanos? ¿habeis perdido el juicio? ¿Cómo se ha introducido tamaña bajeza en vuestros corazones? ¿Olvidais que sois Mexicanos, descendientes de aquellos héroes que fundaron nuestra ciudad, de aquellos hombres animosos que la han conservado á despecho de los esfuerzos de nuestros enemigos? O mudad de resolucion, ó renunciad á la gloria que habeis heredado de vuestros abuelos;” y volviéndose al rey, “¿cómo permitís, le dijo, esta ignominia de vuestro pueblo? Habladle otra vez, y decidle que nos deje tomar otro partido, ántes de ponernos tan necia y tan infamemente en manos de nuestros verdugos.”

El rey, que nada deseaba tanto como poner en ejecucion aquellas ideas, habló otra vez al pueblo, recomendando el consejo de Moteuczoma, que al fin fué bien acogido y adoptado. Despues, dirigiéndose á la nobleza, “¿quién de vosotros, la dijo, que sois la flor de la nacion, tendrá valor para llevar una embajada al señor de los Tepanecas?” Empezaron los nobles á mirarse confusos unos á otros, sin que ninguno se decidiese á arrostrar tan gran peligro, hasta que Moteuczoma se presentó con gran intrepidez, y dijo: “Yo iré: porque si debo morir, poco importa que sea hoy ó mañana, y no puede ofrecerse una ocasion más gloriosa de perder la vida, puesto que será sacrificada en honor de mi nacion. Vedme aquí, señor, pronto á obedecer vuestro mandato: mandad lo que gustéis.” El rey, lleno de gozo al ver aquel rasgo de intrepidez, le ordenó que fuese á proponer la paz al tirano, pero sin admitir condiciones ignominiosas. Salió inmediatamente el animoso jóven, y encontrando á las guardias tepanecas, obtuvo de ellas que lo dejasen pasar, manifestándoles que llevaba á su jefe una embajada importante. Presentado al tirano, le pidió la paz en nombre de su rey y de su nacion, con cláusulas decorosas. El tirano respondió que necesitaba deliberar con sus consejeros, y que al día siguiente daría una respuesta decisiva; y habiéndole Moteuczoma pedido un salvo-conduto, no le dió otro que el que podría él mismo proporcionarse con su maña y diligencia: con lo que se restituyó á México, prometiendo volver al siguiente día. La poca confianza y seguridad que tenia en aquel pueblo, y la brevedad del viaje, que no era mas que de cuatro millas, serian sin duda las razones que lo indujeron á no aguardar allí la decision del tirano. Volvió, pues, á Azcapozalco al día siguiente, como habia prometido, y habiendo recibido de boca del tirano la resolucion de la guerra, hizo con él las ceremonias acostumbradas entre los caudillos que se desafiaban. Le presentó ciertas armas defensivas, le untó la cabeza y le puso en ella unas plumas, como se hacia con los muertos, protestándole además que, por no querer aceptar la paz que se le ofrecia, iba sin duda á ser exterminado él mismo y toda la nacion de los Tepanecas. El tirano, sin manifestar enojo por aquellas ceremonias y amenazas, le dió tambien armas para que las presentase de su parte al rey de México, y aconsejó á Moteuczoma, que para seguridad de su persona, saliese disfrazado por una puerta falsa de palacio. No habria el tirano observado en aquella ocasion el derecho de gentes con tanta escrupulosidad, si hubiese previsto que aquel embajador de cuya vida cuidaba, debía ser el principal instrumento de su ruina. Moteuczoma aprovechó el aviso; pero cuando se vió fuera de peligro, se puso á insultar á las guardias, echándoles en cara su descuido y amenazándolas con su pronta perdicion. Los soldados lo acometieron; mas él se defendió con tanto valor, que mató uno ó dos hombres, y como acudiesen otros, se retiró precipitadamente á México, llevando la noticia de que estaba declarada la guerra y desafiados los jefes de las dos naciones.

GUERRA CONTRA EL TIRANO.

Con esta noticia volvió á revolverse el pueblo y acudió el rey para pedirle licencia de abandonar la ciudad, porque creía inevitable su ruina. El rey procuró animarlo con la esperanza de la victoria. "Pero ¿qué haremos, decía la muchedumbre, si somos vencidos?" "Si eso sucede, respondió el rey, desde ahora me obligo á ponerme en vuestras manos, para que me sacrifiquéis, si así lo juzgáis oportuno." "Así lo haremos, replicó el pueblo; pero si salís victorioso, desde ahora también nos obligamos por nosotros y por nuestros descendientes, á ser vuestros tributarios, á labrar vuestras tierras y las de los nobles, á fabricar vuestras casas, y á llevaros, siempre que salgáis á campaña, vuestras armas y equipaje." Hecho este convenio entre los nobles y los plebeyos, y conferido el mando de las tropas al valiente Moteuczoma, dió el rey pronto aviso al príncipe Nezahualcoyotl, á fin de que viniese con su ejército á México, como en efecto lo hizo un día ántes de la batalla.

No puede dudarse que en la época de que vamos hablando, los Mexicanos habian ya construido calzadas sobre el lago, para mayor comodidad en sus comunicaciones con el continente; pues de otro modo no pueden entenderse los movimientos y escaramuzas de ambos ejércitos. Sabemos por la Historia, que las calzadas estaban cortadas por medio de fosos, sobre los cuales tenian puentes levadizos; pero ningun historiador indica el tiempo de su construcción.¹ Lo admirable es, que en medio de una vida tan llena de calamidades tuviesen ánimo aquellas gentes de emprender obras tan grandes y difíciles.

El día siguiente al de la llegada del príncipe Nezahualcoyotl, se dejó ver en el campo el ejército de los Tepanecas, numeroso y brillante, no ménos por las placas de oro con que las tropas se habian adornado, que por los hermosos penachos que llevaban en la cabeza, quizá con el designio de parecer de más alta estatura. Acompañaban su marcha los gritos y aclamaciones, anuncio prematuro de la victoria. Mandaba aquellas tropas un famoso general llamado *Mazatl*. El tirano Maxtlaton, aunque aceptó el reto de su contrario, no quiso moverse de su palacio, ó porque creía degradarse, midiendo sus armas con las del rey de México, ó lo que es más verosímil, porque temía las vicisitudes de la guerra. Cuando los Mexicanos tuvieron noticia de los movimientos de los Tepanecas, salieron bien ordenados á su encuentro; y dada por el rey Itzcoatl la señal del ataque, con un tamborcillo que llevaba al hombro, se acometieron con indecible furia las dos huestes contrarias, persuadidos unos y otros que de aquella acción pendia el éxito final de la guerra. Durante la mayor parte del día no se pudo conocer á qué parte se inclinaba la victoria; pues las ventajas que los Tepanecas ganaban, las perdían poco despues. Pero ántes de ponerse el sol, viendo la plebe mexicana que las tropas enemigas se aumentaban con nuevos refuerzos, empezó á desanimarse y á prorumpir en quejas contra sus caudillos. "¿Qué hacemos? decían. ¿Será preciso sacrificar nuestras vidas á la ambición de nuestro rey y de nuestro general? ¡Cuánto más saludable no sería rendirnos, confesando nuestra temeridad, para conseguir el perdón y la vida!" Oyó

¹ Yo creo que en la época de que vamos hablando, estaban construidas las calzadas de Tacubaya y de Tepeyacac, mas no la de Itzta-pallapan, que es la mayor, y en el sitio en que es más profundo el lago.

el rey con sumo pesar estas voces, y viendo que con ellas se desalentaba más y más la gente, llamó á consejo al príncipe y al general, para pedirles parecer sobre lo que convendría hacer para excitar el valor de las tropas, que tan abatido parecía. "¡Qué! respondió Moteuczoma, combatir hasta la muerte. Si morimos con las armas en la mano defendiendo nuestra libertad, haremos nuestro deber; si sobrevivimos vencidos, quedaremos cubiertos de eterna confusión. Vamos, pues: vamos á morir." Ya empezaban á prevalecer los clamores de los casi vencidos Mexicanos, entre los cuales hubo algunos tan viles, que llamando á sus enemigos les decían: "¡Oh fuertes Tepanecas, dueños del continente! refrenad vuestro enojo, nosotros cedemos. Si quereis, aquí á vuestra vista daremos muerte á nuestros jefes, para merecer de vosotros el perdón de la temeridad á la que nos ha inducido su ambición." Fué tanta la ira que produjeron estos gritos en el rey, el príncipe, el general y los nobles, que en aquel momento hubieran castigado con la muerte la infamia de aquellos cobardes, á no haberlos detenido el temor de facilitar la victoria á sus enemigos; pero disimulando su disgusto, gritaron todos ellos de consuno: *Vamos á morir con gloria*; y al mismo tiempo arremetieron con tal ímpetu á sus enemigos, que los rechazaron de un foso que ocupaban y los hicieron volver atrás. En el ardor del conflicto se encontró Moteuczoma con el general tepaneca, que estaba envanecido con el terror que sus tropas habian inspirado á los contrarios, y le dió tan fiero golpe en la cabeza, que lo dejó á sus piés exánime. Esparcióse de súbito por el campo el rumor de la victoria, y con esto cobraron vigor los Mexicanos: los Tepanecas se consternaron de tal modo con la pérdida de su bravo general Mazatl, que muy en breve empezaron á desordenarse. La noche impidió á los Mexicanos continuar sus progresos, y unos y otros se retiraron á sus ciudades respectivas: los Mexicanos, llenos de orgullo é impacientes porque la oscuridad les estorbaba consumir la victoria; los Tepanecas, desconsolados y tristes, aunque no enteramente destituidos de la esperanza de vengarse al día siguiente.

Maxtlaton, harto afligido por la muerte de su general y por la derrota de sus huestes, pasó aquella noche (la última de su vida), animando á sus capitanes y representándoles, por una parte, la gloria del triunfo, y por otra, los males á que quedarían sujetos si fuesen vencidos; pues los Mexicanos, que hasta entónces habian sido tributarios de los Tepanecas, obligarian á éstos á pagarles tributo si quedaban victoriosos.¹

CONQUISTA DE AZCAPOZALCO Y MUERTE DEL TIRANO
MAXTLATON.

Vino finalmente el día que debía decidir la suerte de los tres monarcas. Salieron ambos ejércitos al campo y empezaron con extraordinario furor la batalla, que se mantuvo con mucho vigor hasta medio día. Los Mexicanos, animados por las ventajas del día precedente y por la firme esperanza que tenían de lograr una victoria decisiva, hicieron tan gran estrago en sus enemigos, que

¹ De estas expresiones se infiere, que cuando el tirano se apoderó de la corona de Azcapozalco, por muerte de su hermano Tayatzin, volvió á imponer á los Mexicanos el tributo que les habia exigido su padre Tezozomoc.

cubrieron el campo de cadáveres: los derrotaron, los obligaron á huir y los siguieron hasta dentro de los muros de Azcapozalco, esparciendo por todas partes el terror y la muerte. Viendo los Tepanecas que ni aun en sus casas podían sustraerse al furor de los vencedores, huyeron á los montes, distantes diez ó doce millas de su ciudad. El orgulloso Maxtlaton, que hasta entónces habia despreciado á sus enemigos y se creía superior á todos los golpes de la fortuna, viendo ya en su capital á los Mexicanos, oyendo los sollozos de los vencidos, careciendo de fuerzas para resistir y temiendo que lo alcanzasen en su fuga, si la emprendía, tomó el partido de esconderse en un *temascalli* ó hipocausto, de que hablaré despues; pero no tardaron en hallarlo los vencedores, que con gran diligencia lo buscaban, y no bastando á compadecerlos sus ruegos ni sus lágrimas, fué muerto á palos y pedradas, y su cadáver arrojado al campo, para que sirviese de pasto á las aves de rapiña. Tal fué el trágico fin de Maxtlaton, antes de cumplir los tres años de su tiránico dominio. Así terminaron la injusticia, la crueldad, la ambición y la perfidia de aquel malvado, y los gravísimos daños hechos por él al legítimo heredero del reino de Acolhuacan, á su hermano Tayatzin y al rey de México. Su memoria es odiosa y execrable en los anales de aquellas naciones.

Este memorable suceso, que cambió enteramente el sistema de aquellos países, señaló el año de 1425 de la era vulgar, un siglo despues de la fundacion de México.

La noche siguiente se emplearon los vencedores en saquear la ciudad, en arruinar las casas y en quemar los templos, dejando en tal estado aquella célebre capital, que en muchos años no pudiese reparar sus desastres. Mientras los Mexicanos y los Acolhuas recogían los frutos de su victoria, los Tlaxcaltecas y Huexotzingos destacados del ejército, tomaron por asalto la antigua corte de Tenayuca, y el día siguiente vinieron á unirse con ellos, para apoderarse de la ciudad de Cuetzlachtepec.

Los fugitivos Tepanecas, hallándose en los montes reducidos á la mayor miseria, y temiendo que los alcanzasen allí los vencedores, pensaron en rendirse y en implorar su clemencia; y para obtenerla, mandaron al rey de México un ilustre personaje, acompañado de otros nobles de diferentes pueblos de su nacion. Este embajador pidió humildemente perdon al rey en nombre de sus compatriotas, le prestó obediencia y le prometió que la nacion entera de los Tepanecas lo reconoceria por su legítimo señor, y que todos sus individuos lo servirían como vasallos. Felicitóse al mismo tiempo de la fortuna de los Tepanecas, en medio de tan gran desastre, por tener que someterse á un rey tan digno y dotado de tan excelentes prendas; y, finalmente, terminó su arenga rogándole encarecidamente que les concediese la vida y la libertad de volver á sus casas. Itzcoatl acogió al embajador con gran benignidad, concedió cuanto le pedia y prometió recibirlos, no ya como súbditos, sino como hijos, ofreciéndose á servirles de padre; pero tambien los amenazó con el último exterminio en caso que osasen infringir la fidelidad que le juraban. Volvieron en efecto los fugitivos para reedificar sus moradas, para cuidar de sus intereses y familias, y desde entónces quedaron siempre sujetos al rey de México, aumentando con su desgracia el catálogo de las vicisitudes que se observan cada día en la felicidad humana. Pero no todos los Tepanecas se redujeron á la obediencia del conquistador; pues que los de Coyohuacan, ciudad y Estado considerables de la misma nacion, se mantuvieron largo tiempo obstinados, como despues veremos, en su primer partido.

El rey Itzcoatl, despues de esta famosa conquista, hizo que el pueblo ratificase el convenio propuesto con la nobleza, obligándose á servirla, como siempre lo hizo desde entónces en adelante; pero los que con sus lamentos y lágrimas habian desalentado á los otros en la pelea, fueron separados del cuerpo de la nacion y del Estado, y desterrados para siempre como infames y cobardes. A Moteuczoma y á los otros que se habian señalado en la guerra, dió el rey la propiedad de una parte de las tierras conquistadas y otras á los sacerdotes para su subsistencia; y despues de haber tomado las disposiciones necesarias para consolidar su dominio, volvió con su ejército á México, á fin de celebrar con públicos regocijos los triunfos de sus ejércitos, y dar gracias á los dioses por la proteccion con que se imaginaba que éstos lo habian favorecido.

